

Entre sombras: Los Warren

Joaquín Toro (Martín Cincinnati)



Image not found.

Capítulo 1

Me casé con Newton cuando tenía treinta y nueve años. Nos conocimos durante una fiesta en la universidad y si bien mi clásico estilo de pérdidas amorosas había sido un augurio desalentador ante cualquier compromiso, él, siendo el hombre paciente que era, esperó el momento adecuado para pedirme matrimonio. Aquello fue hace tres años. Doce meses más tarde, nos mudamos al condominio de Alazor.

Nuestra casa era maravillosa, de dos pisos, seis habitaciones, tres baños y una amplia cocina americana. Una casa construida bajo las estrictas normas del estilo tudor, pintada de rojo escarlata. Decoramos el frontis con petunias multicolores, pensamientos, orejas de oso y gladiolas rojas; uno que otro rosal se plantó alrededor de la cerca que colindaba con Los Nottingham, pero los botones jamás florecieron.

Los Nottingham vivían al costado izquierdo, mientras que al derecho, vivía Elías, un agradable hombre que trabajaba en una compañía inmobiliaria. La seguridad que otorgaba nuestro hogar era formidable. Por dentro, la casa estaba revestida de una atmosfera tan acogedora que al entrar, nuestros invitados decían ser “acariciados” por los muros. Yo se lo atribuía al color crema del que estaban pintados y al techo de madera barnizada que al contemplarlo daba un aspecto cálido y suave. Los Nottingham eran una familia muy antisocial, recuerdo que en aquel entonces a la esposa de Scott se le veía vagar como zombi por las calles... Muchos creían que su marido era un delincuente de cuello y corbata, además no se les veía mucho fuera de casa.

Pasaron dos meses desde que nos habíamos mudado y dentro de ese período ya habíamos conocido a casi todo el mundo. Sin embargo, comprobé estar equivocada respecto a ello una mañana que me levanté a desayunar en el balcón. No se trataba de algo inaudito, como tampoco lo era el ver nada menos que a una mujer joven de cabello moreno saludarme desde mi propio jardín. Jamás había visto a esa mujer, sin embargo, no era alguien estrictamente sospechoso —Newton siempre me decía que era paranoica—, había algo interesante acerca de la forma en que me saludaba; sus ojos eran grandes, su cuerpo, delgado y llevaba un rosa en la otra mano.

Transcurrió un minuto y ella seguía saludando, su mano se agitaba en el aire con insistencia como si yo me hallase en una colina a kilómetros de altura y fuese incapaz de verla. La tacita de porcelana en la que estaba bebiendo té con leche se trisó. La observé y me percaté de que la leche se había separado del té formando una silenciosa tormenta en la taza. Cuando volví mis ojos hacia la mujer, esta ya se había marchado, solo

pude atisbar su camiseta roja cuando caminó hacia la derecha calle abajo.

Sostuve mi taza y durante un rato el té se mantuvo como una nube de tinta china flotando caprichosamente en la superficie. Aquel evento durante el desayuno me inquietó como nada lo había hecho antes ¿Quién era aquella mujer? ¿Sería una nueva vecina? Hasta ese momento no me había enterado de una nueva mudanza, por lo que tendría que haber sido demasiado reciente, y la forma en que había saludado, con esa persistencia casi enfermiza, excediendo los límites de lo habitual...

Aquel día tuvo lugar el aniversario de la comunidad. A media mañana la actividad en las calles estalló con risas de niños y adultos que además de pasar una tarde entretenida se las arreglaban para decorar el entorno, en especial las decenas de mesas que habían ordenado a lo largo de la calle frente a nuestra casa. Newton también habían ayudado, se trataba de una celebración anual del vecindario durante la cual los participantes se sentaban a comer comida casera, aunque según Elías, lo que estaba de moda era llenar la mesa de papás fritas y nachos picantes, y aunque Newton solo bebía cerveza caramelizada sin alcohol, estaba dispuesto a aceptar el nuevo ponche que Elías había preparado para la festividad.

Cuando el sol cayó rendido sobre la tarde, la noche se encendió de alegría y todos salieron de sus casas a comer. La mesa estaba servida y los niños tenían su propio sector. Me sentía viva como nunca al ver a Newton bailar imi esposo era un payaso! Éramos cientos de personas, sin embargo, aún no veía a la misteriosa mujer de aquella mañana, aunque sí se dejaron ver algunos que podrían haberse considerados como extraños en una ocasión como esa.

Una de mis mejores amigas, Amy, estaba conversando con nosotros.

—Es en serio, Paulina, debes probar este ponche —dijo mientras lucía su vasito plástico como si fuera un néctar de dioses.

—Elías se ha destacado este año con el ponche.

—No solo con el ponche, querida, Elías es el hombre perfecto. Me pregunto por qué su novia se ve tan frígida y lunática —comentó haciendo una mueca con los labios mientras hacía una pared anti-chismes con la mano.

Amy era soltera, de hecho la única amiga soltera que me iba quedando y, en ciertos momentos, por esa misma razón, mi única amiga de verdad. Si bien Amy era loable en situaciones importantes, no era una bebedora moderada.

Sus comentarios ácidos sobre los impúdicos actos de los vecinos siempre resultaban ser tan graciosos como ciertos y esta vez no fue la excepción.

—Ja, ja, un segundo, Amy ¿Elías tiene novia?

—¡Pues claro! Me sorprende que se te haya pasado ivamos! El sujeto vive al lado tuyo.

—Pero...

—Aguarda un segundo iallí están! Los voy saludar.

No alcancé a decir ni media palabra cuando Amy salió pitando hacia ellos, no sin antes haberse acomodado los senos como si el escote no hubiese sido suficiente para atraer las miradas de todo el planeta.

Seguí con la mirada a Amy y me fijé en la novia de Elías, en realidad se veía simpática, era más joven que él, claro, pero tenía una sonrisa brillante y de inmediato ella y Elías miraron hacia donde yo estaba. Amy medio ebria pero en gran parte entusiasmada me los presentó.

—¡Elías!

—¡Paulina!

—¡Estas delgado! —Bromeé— Y comprometido —Elías había alzado su mano luciendo una sortija dorada mientras su novia admiraba la suya con elegancia y esplendor. La de ella brillaba aún más y ostentaba una piedra facetada de singular luminosidad.

—¡No es un diamante! ¡No se engañen! —dijo ella riendo.

—Paulina, esta es Alexandra —intervino Amy—, la novi... perdón, la prometida de Elías.

—¡Vaya!

—Alexandra, esta es Paulina, una vecina.

—Muchísimo gusto —expresó Alexandra, dedicándome una mirada amable.

Amy podía estar equivocada en cuanto a lo de "frígida" y "lunática" en este caso. La muchacha se veía esplendida con aquel vestido amarillo canario que descendía en un tono azulado. Su expresión era agradable y

tenía buen trato.

—De acuerdo, mientras me recupero de la noticia del compromiso relámpago, tendrás que decirme de dónde eres y como se conocieron —le dije.

La noche se hizo larga de un modo extravagante. La buena nueva se diseminó como mala hierba y todos se pusieron muy contentos por Elías, quien al parecer, antes de que yo y Newton nos mudásemos, había enviudado hacía unos años.

Algo más de lo que me enteré esa noche.

Alexandra y yo simpatizamos bastante. Teníamos varias cosas en común y estábamos a punto de tener otra, así que nos la pasamos en grande hablando sobre lo referente a las nupcias. Desde luego no escatimé en consejos para la nueva acerca del matrimonio, pero lo que más me llamó la atención fue lo unidos que eran, y no solo en sentido figurado, en realidad Elías estaba pendiente de ella en todo momento, se preocupaba de llenar su vasito cada diez minutos y le preguntaba si estaba bien, a lo que ella respondía con un beso efusivo y una mirada tierna que descendía hasta sus zapatos. Debo reconocer que aquello me tomó por sorpresa, jamás me agradó la idea llegar a ser la pareja perfecta con Scott, pero supongo que eso era cosa mía, además a nosotros nos había llevado tiempo —años— llegar a dar el gran paso, entonces ¿Qué había convencido a aquella joven mujer de casarse con Elías? Parecía una chica seria, pero tenía catorce años menos que el novio.

Al día siguiente desayuné en el mesón de la cocina con Newton. El festejo había cobrado ya sus primeras víctimas, entre ellas, mi esposo, que había amanecido con una resaca espantosa tras beber demasiado ponche. Le serví un licuado anti-resacas muy famoso por recomponer a universitarios ebrios durante mis años de estudio.

Newton agonizaba en ese momento con el sonido de la licuadora que su madre nos había regalado (también nos había dado un juego de cortinas que jamás puse en la casa). A través de la ventana, sobre el fregadero, era posible vislumbrar los resquicios de la fiesta vecinal. Todavía nadie quitaba las mesas y para qué mencionar el confeti.

—Me pregunto qué tenía ese ponche —dije al apagar la licuadora.

—Estaba magnifico —dijo Newton con una sonrisa estúpida.

Le dediqué una mirada compasiva, sonreí y presioné con ganas el botón que decía "máxima potencia" en la licuadora. Sus oídos casi estallan.

—¡Basta!

—Ya está —dije, y apagué el aparato por última vez. Vertí el contenido en un vaso y lo extendí hacia mi malogrado esposo—. Aquí tienes, cariño.

—Elías es un buen tipo —soltó Newton tras beber un sorbo.

—Lo es. Aunque esa chica con la que se quiere casar... es algo joven, ¿no crees?

—El amor no sabe de edades —señaló Newton con su conocido aire de sabio que le sobrevinía después de la borrachera.

—Vale, pero aún así... ¿no crees que es algo repentino? Por lo que ella me contaba anoche, se conocieron hace cinco meses, comenzaron a salir hace tres y él le propuso matrimonio hace tres semanas.

—Sí, Elías me estuvo contando también. Él lo llama "segunda oportunidad", yo le creo, el sujeto se siente amenazado por los cuarenta... —Newton empujó el vaso y tragó un sorbo más largo— Además está lo de su esposa.

Aquello sonó fuerte en mi memoria.

—Es cierto ¿Qué paso con ella? Tan solo anoche supe que Elías es viudo.

—Pues... falleció, querida, por eso le llamamos "viudo"...

—¡Ya lo sé! —Dije, cortando el sarcasmo con amabilidad— me refiero a cómo murió.

—No lo sé, él evita hablar del tema ¿puedes culparlo?

—Supongo que no —contesté mientras lavaba el jarro de la licuadora bajo el chorro tibio de la canilla

Elías se bebía su licuado y yo contemplaba la calle a través de la ventana cuando vi pasar a la mujer misteriosa, se había detenido justo en la acera que daba hacia mi ventana y me saludó a la distancia sonriendo. Yo devolví su saludo, pero al hacerlo, su sonrisa se vio ensombrecida. Luego se marchó a paso lento. El agua había rebalsado el jarro. Cerré la llave y los restos del licuado formaron dos ojos tristes como medialunas y una boca abierta y deformada hacia abajo.

Pasé gran parte del día sopesando la relación entre esa mujer y los extraños fenómenos que traía su presencia. Le pregunté a Newton sobre ella; me reservé los detalles sobre mi desayuno en el balcón y lo de la

cara en el fregadero, pero Newton no había escuchado hablar de ella. Para mi sorpresa, había invitado a Elías y Alexandra para esa noche. Aquello significaba recurrir a alguna receta que no pareciera ostentosa ni simple.

Opté por vestir un atuendo semi-formal que resaltara mi figura y escondiese la huella del tiempo a través de mi contextura. Prepararía filetes de pollo y champiñones en rodajas salteados en mantequilla con un toque de vino blanco, crema, y sazonados con tomillo fresco y romero. Mientras terminaba de cocerse el arroz con curry y vegetales, no podía dejar de pensar en aquella mujer y las cosas extrañas que sucedían; no podía dejar de ver caras en cada trasto que colgaba en la cocina. Me encontraba tan absorta que apenas alcancé a percibir el olor a quemado.

El arroz estaba arruinado. Pronto llegarían los invitados, y Newton era nulo en la cocina. Mientras raspaba la olla con la espátula, sonó el teléfono. Lo descolgué y puse entre mi oreja y el hombro.

—Diga.

—Paulina... —la voz sonaba afectada, susurrante. Había mucha interferencia. Pero definitivamente era una mujer.

—Si ¿Quién habla?

—Puré de calabaza.

Trataba de adivinar a quién pertenecía la voz, pero era imposible.

—¿Disculpe?

—A Elías le gusta el puré de calabaza.

—De acuerdo ¿con quién hablo?

La mujer cortó la llamada. Me inquieté sobremanera, sobre todo porque ni siquiera yo me acordaba de la calabaza que había en mi cocina.

Los invitados llegaron alrededor de las nueve de la noche. Alexandra lucía tan radiante como la noche anterior y Elías no lograba disimular la alegría que despedían sus ojos pardos. Ella había traído un postre de tiramisú y Elías, una botella de vino.

Cuando los comensales se sentaron en la sala de estar, llamé a Newton a la cocina. La situación me estaba superando.

—Es en serio, no sé quien rayos era esa mujer...

—Tal vez era Alexandra ¡relájate...!

—No me pidas que me relaje Newton, cosas muy raras pasan aquí. Y no, no era Alexandra, porque no tiene nuestro número de teléfono —dije—. A no ser que tu se lo hayas dado.

—No lo he hecho. Pero quizás alguien sabía que Elías vendría esta noche, quizás... su ex esposa —dijo Newton dando un paso hacia la ventana de la cocina y escudriñando las sombras.

—¿Pero de qué estás hablando? Su ex está muerta.

—¡Shhh!

—¡No he levantado la voz! —exclamé en un susurró exagerado.

Newton me miró a los ojos y me dijo:

—No es algo que debería decirte ahora ¿de acuerdo? Pero la esposa de Elías jamás fue encontrada.

—¿Qué?

—Pues sí. La declararon fallecida hace años. La policía la buscó por meses, hasta contrataron a un supuesto psíquico y no consiguieron nada —hubo una pausa y Elías añadió—: le costó trabajo salir del agujero. Ahora ¡míralo! Está más feliz de lo que jamás has estado en todo este tiempo.

—Cielos, Newton no sé qué decirte...

—Cariño, lamento que hayas tenido que oír todo eso, ¿sí? Pero ellos ya están acá y esperan el... —Newton vio el bol con el puré de calabazas sobre el mesón y dijo—: Creí que harías tu arroz amarillo —expresó extrañado.

—Da igual. Será mejor servir y punto —cogí el bol y me dirigí a la mesa.

Aquella mujer que me había saludado en el balcón ¿sería la esposa de Elías? ¿Era ella quien había llamado? ¿Es que acaso había regresado? ¿Cómo se relacionaba eso con los fenómenos inexplicables?

Dispuse el recipiente al centro de la mesa y cuando Elías lo vio, se

sorprendió.

—Vaya —dijo, con un amago de nostalgia y forzando una sonrisa.

—¿Qué sucede? —dije, como temiendo una explosión en medio de la velada.

—No es nada importante —contestó a la vez que me achinaba los ojos como si no se hubiese pasmado ante el plato que, con toda seguridad, su ex esposa fugitiva le había preparado cientos de veces.

La velada transcurrió exenta de interrupciones. “No es nada importante” —dijo Elías—. ¿Por qué había dicho eso? No podía imaginar el dolor de perder a mi esposo de una manera tan enigmática, de desconocer su paradero o si es que aún seguía con vida, pero la manera en que Elías le había restado importancia a ese detalle tan significativo me causó curiosidad. Primero habíamos sometido a la pareja a una serie de preguntas inofensivas y graciosas sobre su relación.

—La celebración estuvo grandiosa —comentó Elías— ¿verdad, amor?

Elías miró a Alexandra mientras esta jugaba con su comida, distraída.

—¿Qué cosa? —preguntó ella al despegar la mirada del plato. Luego agregó con voz apagada—: si, el festejo fue uno de los mejores que he vivido —su voz había disminuido de volumen.

—¿Te sientes bien? — le preguntó Newton desde la cabecera.

—La verdad es que me siento algo débil.

—Cariño, quizás algo de ponche te haga sentir mejor. No has comido mucho últimamente...

—Me temo que el ponche podría empeorar la situación —opiné—, tengo algunas píldoras para el vértigo, están en la cocina...

—Estoy bien, Paulina —interrumpió ella—, pierde cuidado...

—Insisto —me levanté de la silla para ir a buscar las píldoras.

—Iré contigo, quisiera ver tu cocina —dijo con inusitado entusiasmo al tiempo que se levantaba de su asiento—. Volveré enseguida —le dijo a Elías.

Cuando ella y yo nos dirigimos a la cocina, pude sentir la mirada de

Elías sobre mi espalda.

—¿Esta es tu cocina? —sus ojos se pasearon por todo el lugar como tratando de cubrir todo el ámbito de una pasada.

—¿Te gusta?

—Es muy grande, incluso más que la nuestra —dijo refiriéndose a ella y Elías.

—Me alegra que te guste... —abrí la puertezuela de la alacena y extraje un frasquito de Furancelidina—. Aquí están ¿te sientes mareada todavía?

—No —dijo—, necesitaba decirte que me gustaría venir a visitarte más seguido. Tu casa es adorable, Paulina.

Su voz sonaba muy dulce y su mirada estaba más viva que nunca. En definitiva el mareo había remitido.

—Mmm de acuerdo, creo que podrías venir mañana si gustas —le dije. Era un tanto difícil negarse ante su profundo interés.

—¡Vale! La pasaremos genial, ya verás. Traeré ponché —me avisó cerrando un ojo.

De pronto, Elías apareció en la puerta.

—¿Está todo bien?

Alexandra dio un respingo.

—Excelente —contestó ella—. Con Paulina hemos quedado para reunirnos mañana.

—Me parece bien. Se hace tarde, creo que deberíamos irnos.

—Tienes razón —dijo ella.

—Pero... aun no es tan tarde. Además no han probado el postre —protesté.

—Lo sé, pero me gustaría pasar un tiempo a solas con mi prometida, si no te importa —puntualizó él.

Las palabras de Elías cortaron el aire sin censura ni atenuaciones de otra categoría. Enseguida le dedicó una mirada llena de deseo a Alexandra y esta sonrió con naturalidad mientras se rascaba la nuca y sus mejillas

encendidas disminuían el rubor.

Esa noche los prometidos se marcharon con prisa. Newton fue incapaz de contener la risa una vez que hubo cerrado la puerta. La urgencia sexual de los amantes había resultado ser muy divertida; Yo me sentía agotada, y dado que nuestros invitados habían decidido "comer el postre en casa", el tiramisú quedó sobre la mesa junto con todo lo demás mientras Newton y yo nos alistábamos para dormir.

Eran la una de la madrugada y yo no lograba cerrar los ojos. Seguía pensando en la mujer que había llamado esa noche por teléfono... Creo haberme dormido hacia las dos, no estoy segura. Sentía el cuerpo pesado y también sentía cómo se removía Newton en la cama, dándose vuelta hacia mi lado. Me abrazó.

—Newton —susurré

Me besó en el cuello provocándome cosquillas.

—¿Qué haces? —le dije

—Abre los ojos.

Cuando lo hice vi un par de esposas colgando sobre mi nariz.

—¿A caso es una broma?

El rostro de Newton lucía muy pícaro y a pesar de la penumbra, sus ojos despedían un brillo tierno sobre mi rostro.

—No —me contestó

—¿No puede esperar?

Su rostro se ensombreció, el brillo se apagó.

—No estarás viva para entonces.

Abrí los ojos de pronto y mi corazón latía como si hubiese corrido un maratón. "No estarás viva para entonces" —dijo.

Newton roncaba jubiloso con su brazo rodeando mi vientre, durmiendo.

A la mañana siguiente, luego que Newton fuera a trabajar, me asomé por el balcón. Observé durante un buen rato el jardín a ver si es que aparecía la mujer, pero en su lugar apareció Alexandra, que me saludo desde el jardín enérgicamente. Llevaba puestas unas gafas de sol oscuras y un sombrero de rafia que la hacía lucir relajada. También llevaba un

vestido negro con lunares blancos que le quedaba ajustado.

Bajé a abrirle la puerta.

—¿Qué tal? —saludé.

—¡Paulina! —su voz sonó muy emocionada, como si no nos hubiésemos visto hace nueve horas.

—Permiso.

—Adelante —dije un tanto perpleja—, estás en tu casa.

Debo reconocer que Alexandra era un tanto excéntrica, cosa que durante la velada no había notado. Parecía enferma durante la cena, pero ahora lucía de lo más fresca. Nos sentamos en el living y charlamos mientras ella me mostraba una revista de bodas llena de maravillosos vestidos.

—Me encanta este, a pesar de que no es de mi talla... ¿estás sola?

—Sí, Newton está trabajando ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—No, por nada —dijo.

El interés inusitado y desmedido de aquella joven por mi compañía rozaba lo enfermizo. ¿Es que a caso no tenía más amigas? Estuvimos sentadas por dos horas antes de que decidiera marcharse de mi casa. Además, antes de irse, tuvo la maldita ocurrencia de invitarme a la suya esa misma tarde. Traté de zafarme de la manera más olímpica alegando que yo y Scott teníamos que hacer, pero me engatusó y el asunto quedó para el viernes.

Por el momento, me encontraba a salvo de ella. Pero éramos vecinos, sería difícil evitarla a partir de ese momento, más aún después de haberla invitado a mi casa. Esa tarde me dediqué a trabajar en el jardín. Había vastas cantidades de hiedra trepadora que habían perdido el rumbo y terminado agazapadas al jardín de los Nottingham. Las rosas que habían sido sembradas en invierno para que brotaran en verano permanecieron bajo tierra. Quizás la tierra de mi jardín estuviese mezclada con la de aquella familia tan lúgubre y extraña, quizás eso aniquilaba toda posibilidad de vida. Llamé a Michael, nuestro jardinero.

Michael era un sujeto de cincuenta años con un gran conocimiento en plantas y flores. Solo una valla de mediana altura pintada de blanco separaba los jardines.

Esa tarde Michael llegó muy animado y dispuesto a trabajar en lo único que sabía era bueno. Evaluó las condiciones de mi jardín y llegó a la conclusión de que era un espléndido sitio para plantar cualquier cosa, aunque me previno contra violetas de corta vida y gomeros inútiles que solo acaparaban espacio, pues no paraban de crecer.

Michael y yo nos llevábamos muy bien, era un hombre de confianza. Mientras él arrancaba de cuajo las malezas frente a los pensamientos, yo me hallaba de rodillas sobre la tierra estéril, removiéndola con una palita y mezclándola así con el fertilizante que me había entregado. Cuando me encontraba haciendo eso, embobada por la fluidez y negrura reconfortantes de aquella tierra húmeda y olorosa, volví mis ojos hacia la casa Nottingham al tiempo que me limpiaba el sudor de la frente con el antebrazo.

Un bellísimo canta-vientos bailaba al son de una brisa inánime y perezosa. El sonido era dulce y hacía pensar en fuentes de agua, violines y campos de lavandas. No imaginaba algo más bello, y eso me asustó, me inquieto demasiado la manera en que ese ornamento me seducía al punto de querer estar lo más cerca posible. De pronto me levanté y sin desearlo, caminé para salir del jardín y acabé dando la vuelta para terminar frente a la casa Nottingham. ¡Qué notas más bellas! ¡Qué regalo más sublime el de aquellas gotas etéreas que resonaban en el aire! Las observé con profundidad; cada cilindro plateado refractaba los rayos del sol tardío y parecía que el verano podía morir sobre ellos, dejándolos cálidos y cargados de energía.

Una voz femenina susurró en mi oído:

“No es aquí donde te necesitan”

Un zumbido similar al de las abejas se cernió en mi memoria y se apagó al instante. Me despabilé y me encontraba de regreso en mi jardín, sintiendo la tierra fresca bajo mis rodillas peladas; miré la tierra y sobre ella descansaba una alianza de matrimonio que destellaba en medio de la negrura. La cogí y automáticamente leí la inscripción en el interior: “Elías Warren y Calista Monroe”, rezaba la leyenda. Una polilla negra me sobresaltó al posarse sobre mis labios y revolotear frente a mi rostro. Su chirrido era extraño. Voló sobre mi cabeza y luego viajó hacia la casa de Elías...

Aquella tarde me dediqué a investigar a mis vecinos, los Nottingham. Me preguntaba cuál sería el significado de aquellas visiones; Aquella mujer extraña que me saludaba, la misma que había llamado por teléfono; la polilla, el anillo, el canta-vientos... debía hallar la conexión entre todas esas cosas. Pensé en acudir a un psicólogo, pero algo en mi interior me decía que dichos fenómenos no eran producto de mi imaginación, y si así fuese, tenían que significar algo, algo relacionado con

mis vecinos.

La única pista tangible con la que podía trabajar era la alianza con los nombres de Elías y una mujer que con toda seguridad era su difunta esposa, pero ¿Qué hacía ese objeto tan personal en mi jardín? Era obvio que alguien lo había puesto ahí, nadie sería tan descuidado con algo tanpreciado y significativo, pero lo que resultaba más extraño, sin lugar a dudas, era el lugar donde se encontraba: entre mi jardín y el de los Nottingham.

Yo y Newton éramos la pareja más reciente en el vecindario, por lo que tendría que preguntar a quienes mantuviesen comunicación con Elías y en último término con su nueva pareja, sin embargo, podía ahorrarme la exhaustiva labor de preguntar uno por uno y pasar directamente a alguien que, con toda seguridad, sabía todo sobre todos.

La invité esa misma tarde, Newton volvería a una hora avanzada. Eso nos daría algo de privacidad a mi compinche informante y a mí.

—Sé que es una pregunta extraña.

—Todo lo que estás diciendo es extraño, querida. No sé si sea buena idea, pero quizás debas hablarlo con Newton...

—Te lo estoy preguntado a ti.

Amy volvió su cabeza hacia el cielo y expresó una profunda preocupación.

—¿De dónde vienen esas sospechas? ¿Por qué crees que Elías tiene algo que ver con esa familia?

—¿Por qué no me respondes?

—La esposa de Elías desapareció hace tiempo, no sé mucho del asunto. Cuando llegué acá la tipa ya se había marchado y yo solo supe rumores. Algunos dijeron que se había marchado porque él trabajaba demasiado y ella pasaba sola mucho tiempo, lo típico.

—¿Cuánto tiempo duró la búsqueda?

—Un año. Hasta contrataron un psíquico, pero no sirvió. Luego la declararon muerta.

Sabía que aquello último era posible. En Alazor, las leyes en cuanto al proceder de una investigación que no daba con el paradero de la víctima,

dictaban que esta fuera declarada muerta después de un año.

Mi pequeña investigación había despertado viejos recuerdos de la universidad. Prefería luchar contra la idea de que quizá mi mente estaba elucubrando situaciones extrañas para suplir alguna carencia personal. Pero los hechos superaban a la realidad de una manera tan convincente que era como un grito en mi oído, un grito imposible de ignorar.

Esa tarde, hablando con Amy, no me enteré de grandes cosas. No podía, por más que quisiera, preguntar a diestra y siniestra sin ser descubierta por Elías o Alexandra.

Newton y yo cenamos un delicioso puré de patatas con albóndigas picantes. Nuestra mesa bien iluminada bajo la araña de luces lucía elegante. La etiqueta era una cuestión que no reservaba solo para las visitas. Mi esposo y yo merecíamos pasar una noche romántica para relajarnos, yo necesitaba algo que me distrajese aunque fuese por unas horas de los sucesos extraños en el condominio.

—Voy a sorprenderte esta noche, ya verás.

—¡Cielos! ¿No piensas en otra cosa?

—Estoy hablando de mi salsa de oporto —Newton mostró un jarrito de vidrio con una salsa oscura y rojiza—. En serio, amor, necesitas dejar de leer a J. L. James.

—¿Cómo sé que no has puesto algo en esa salsa para aprovecharte de mí?

Newton dejó con delicadeza la salsa sobre una esquina de la mesa y me dedicó una profusa mirada que revelaba una confianza en no tener que recurrir a ningún truco para que yo me dejase querer por él.

Y era verdad.

Pronto la charla se avivó como nunca. La salsa sabía a una mezcla de vino, pimienta, remolacha, miel y semillas de cilantro. El sabor se complementaba con el exquisito licor que Newton había servido en mi copa.

—¿Qué es? Creo que lo he probado antes —dije.

—Pues claro, es lo que sobró del ponche de Elías.

—Ya veo —solo pude bajar los ojos e intentar sacudir ese nombre de mi

mente.

—¿Estás bien? ¿Te duele la cabeza?

—No —le dije—. Estoy bien...

—Vamos, dime qué pasa por tu mente.

Me incliné sobre la mesa y le susurré:

—¿Te he dicho lo mucho que detesto que me conozcas tan bien?

—Solo un par de veces —respondió él—. Cuando lo dijiste por primera vez, estabas ocultando que habías quemado mi corbata favorita.

Me acerqué más y nuestras narices se rozaron.

—Magenta con rayas pastel, un nudo reforzado como un corazón envuelto en papel; la corbata... —mis labios rozaron los suyos— que usaste cuando me propusiste matrimonio.

Mi voz era inaudible, pero mis labios y los de él ya no hablaban con palabras, sino con besos suaves y caricias secretas...

En ese momento dimos por terminada la velada, el postre quedaría en el horno, era yemas de huevo con azúcar, pero nada de eso me importaba. Newton me tomó entre sus brazos, me llevó hasta el sofá, y cuando se disponía a hacerme el amor... se quejó de un dolor en la rodilla.

—¿Qué diablos...? —dijo.

Con la mano izquierda extrajo de entre los cojines un par de esposas.

—¡Newton! —le clavé una mirada de incredulidad.

—No son mías —su mirada también era de incredulidad.

En esos momentos, conforme la pasión amainaba, mi incertidumbre crecía. Luego vi sobre la mesita del living, a tan solo centímetros de nosotros, el catálogo que Alexandra había estado mostrándome ese día. ¿Era posible que ella hubiese dejado las esposas también? Pero ¿Por qué?

Le dije a Newton que Alexandra había estado en casa esa tarde. Fue difícil digerir la idea de que hubiese visitado la casa casual o deliberadamente con un par de esposas en la cartera y las dejase olvidadas en nuestro sofá. Newton no encontró nada mejor que hacer algunos chistes verdes sobre el asunto y se dirigió a la habitación. Era

mejor cambiar de escenario amoroso.

Mientras él se dirigía hacia allá y me hacía algunos comentarios sobre Alexandra me quedé observando aquella revista de vestidos de novia. La cogí entre mis manos y pasé con rapidez las páginas cuando una hoja blanca se deslizó entre ellas y cayó al suelo. Recogí la hoja, tenía algo escrito.

“Ayúdame, me tiene secuestrada. No se lo digas a nadie. Te matará también. No podemos hablar, él escucha todo lo que digo”.

El estómago se me contrajo y un pánico virulento se apoderó de mi ser. Entendí por qué Alexandra insistía tanto en venir a mi casa.

Estaba pidiendo ayuda.

Yo la había ignorado porque pensaba que solo era una tipa excéntrica carente de amigos. Había entrevisto algo inusual en el compromiso de Elías, pero ¿Tener secuestrada a esa chica? ¿Cómo era posible? Ella se veía feliz y relajada junto él... Excepto durante la cena de la otra noche, por no mencionar la manera en que Elías siempre estaba pendiente de lo que ella hacía o necesitaba.

Tras llamarme cientos de veces, Newton fue a buscarme al living. Oculté la nota y le dije que no me sentía muy bien. Nuestra pequeña cena romántica no tuvo el final que mi esposo esperaba.

Al filo de la medianoche me interné en mi computadora. Envié un correo a un conocido pidiéndole que me diese información acerca de Elías Warren. Pensé en informar a la policía, pero ¿y si eso ponía a Alexandra en un problema mayor? Ella dijo que él sabía todo lo que hacía, razón por la que había insistido tanto en trabar amistad conmigo.

No había logrado dormir en casi toda la noche. Aquel par de esposas que había encontrado en el sofá no podían haber sido dejadas por Alexandra. Podría haberlo hecho para darme a entender que era “prisionera” de su supuesto prometido, pero para ese fin era la nota. Comencé a creer que la misteriosa mujer de rojo que había visto el día del aniversario intentaba darme señales.

A la mañana siguiente me vestí rápido; tomé el desayuno en el balcón mientras observaba la casa de Newton. Elías tendría que salir de ahí en algún momento para irse al trabajo, a no ser que lo de su empleo fuese una farsa. Por fortuna, no lo era. Vi a Elías abandonar el porche en su Volkswagen color gris. A penas lo vi alejarse y desaparecer calle abajo, bajé las escaleras con el corazón agolpado en la garganta. Caminé con la única calma de la que era capaz en ese momento y cuando llegué a la

puerta toqué el timbre, pero nadie contestó.

En vano eché un vistazo a través de las ventanas, pues las persianas impedían ver algo. Ignorando todo lo anterior, decidí regresar a casa y pasarme por la muralla que separaba ambas casas en el patio trasero. Saqué la escalera del cobertizo y me encaramé en la pared, que estaba muy tupida de enredadera. Me pasé hacia el otro lado poco a poco, incorporando una pierna y luego la otra mientras balanceaba mi peso con el abdomen cargado sobre la muralla. Finalmente salté doblando las rodillas para no lesionarme. Entré a la casa a través de una mampara abierta. La casa no lucía para nada desagradable, aunque sí bastante oscura. Todas las cortinas estaban cerradas. La semi-luminosidad que se colaba daba la impresión de estar en un funeral.

—¿Alexandra? —pregunté—. ¿Estás ahí?

No obtuve respuesta.

Me paseé por toda la casa en busca de ella, fui al living, y solo me encontré con una bonita alfombra barata. Buscaba indicios de que ahí se llevase a cabo un maltrato. El lugar estaba silencioso y ordenado; el refrigerador estaba cerrado con llave; el único teléfono, que estaba sobre una mesita de arrimo adyacente al muro derecho de la entrada, no funcionaba.

“No puede comer cuando quiera, ni pedir ayuda” —me dije.

Regresé al living y escuché un ruido. Era como un picoteo muy bajo. Las persianas amarillas, que filtraban luz del mismo tono sobre la estancia, tenían algunas polillas negras. Una de ellas voló hacia mí, revoloteó en mi rostro y cayó al piso. Recordé aquella visión en mi jardín, la de la alianza en la tierra. Sentí una vibración bajo mis pies, el ruido provenía de ahí.

Levanté la alfombra y vi la cerradura de una puerta en el piso mismo! Rápidamente hice la mesa a un lado, retiré la alfombra y me di cuenta del tamaño de aquella trampa.

—¡Alexandra! —Exclamé— ¿Eres tú?

No hubo respuesta.

Fui hasta la cocina, presa de un nerviosismo que trepidaba por todo mi cuerpo. Abrí los cajones y portezuelas en busca de algo que me ayudase a abrir la trampa. Regresé con un destornillador y un martillo. Forcé lo mas que pude aquella puerta hasta que la madera cedió y pude arrancarla a pedazos desde los bordes, Alexandra estaba ahí, ella ayudó a su propia liberación empujando con fuerza la puerta. Tenía atadas las muñecas con

unas esposas y la razón por la que no me había contestado era porque estaba amordazada.

La desmanéate y vi a una Alexandra muy, muy distinta, con lágrimas rodando por sus mejillas y un aspecto deplorable.

—¡No puedes estar aquí! —decía horrorizada—. ¡No! ¡No puedes!

—Alexandra, escúchame, he venido a salvarte. Leí tu nota...

—¡Sabe que estas aquí!

La miré de hito en hito y algo me hizo estremecer.

—Tiene cámaras —sus ojos miraron puntos específicos e invisibles de la casa—. Y hay un micrófono en mi ropa.

—Alexandra, tenemos que salir de aquí ¡ahora!

Cogí a Alexandra del brazo y la lleve hacia el patio.

—Pediremos ayuda —le dije—. Ven, saltaremos el muro.

Pasamos a mi casa y oculté a Alexandra en mi habitación. Allí logré tranquilizarla poco a poco, fue algo lento y muy difícil. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Cuántas noches y días pasaba privada de libertad? La hice pasar al baño, la ayudé a lavarse la cara y a cambiarse de ropa. En la suya hallé el micrófono y lo aplasté.

—¡Dios! ¿Qué vamos a hacer?

—Alexandra, necesito que te calmes, y que me dejes pensar. Aún no comprendo que ha pasado aquí ¿Por qué no podías pedir ayuda?

—¡Me tenía vigilada! ¿No lo entiendes? Sabe todo lo que hago. Y ahora debe estar camino aquí para matarnos ambas...

—Nada de eso pasará. Te quedarás aquí y te ocultarás en el sótano.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Debo llamar a Newton. Y luego a la policía.

—¡No te creerán! Mi madre pasó por lo mismo, y jamás la encontraron. Él nunca dijo donde estaba.

—Tu madre —afirmé, con la voz vacilante y regresando mentalmente a la desaparición de la primera esposa de Elías, a la alianza enterrada en mi

jardín... A la mujer misteriosa que me saludaba y enviaba señales...

—¿Estás bien? —Dijo ella— ¿Qué sucede? ¿Qué estas pensando?

Comprendí todo y el descubrimiento me supo amargo. Alexandra era hija de Elías. El incestuoso compromiso era solo la macabra continuación de algo igual de horrendo y enfermo.

Estaba temblando y creí que iba a vomitar. Me contuve de revelar mis encuentros sobrenaturales con la señora Warren. Esa tarde oculté a Alexandra en el sótano y me quedé junto a ella hasta que escuché llegar a Newton.

—¡Llegué!

Rauda me dirigí a él y lo abracé, desesperada.

—Gracias a dios —susurré.

—Cariño ¿Qué sucede?

—Algo horrible ha pasado. Tenemos que llamar a la policía...

De pronto quedé paralizada, vi el Volkswagen de Elías, estaba entrando en el porche.

—Cierra la puerta —ordené a Newton, aunque yo me adelanté y puse el seguro.

—¿Paulina? ¿Qué está pasando?

—Elías es un psicópata. Mató a su esposa, por eso no podían encontrarla, Alexandra es su hija y también la maltrata, hace un rato la encontré encerrada en una trampa de su casa.

Newton no daba crédito a mis palabras.

—¿Qué? ¡¿Qué rayos dices?! Paulina...

—Ya no hay tiempo, Newton, tiene cámaras en su casa, sabe que rescaté a Alexandra. La tengo en el sótano.

—¿Qué hacías en su casa?

—Ella me dejó una nota pidiendo auxilio, ayer.

—Amor, detente un momento ¿vale? Elías jamás haría algo como eso.

Miré a Newton con los ojos de asesina que no era.

—Ella está en el sótano, Newton ¡Acabó de sacarla de una trampa! ¿Entiendes lo que digo? Llamaremos a la policía. Pero no podemos salir de casa... —cogí mi celular del bolsillo, pero Newton me lo arrebató de la mano.

—No llames a nadie.

—¿Qué haces?

—No llames nadie. Te he dicho que él no haría algo así.

La mirada de Newton ya no reflejaba incredulidad; no solo no me creía, sino que le creía a Elías, y lo estaba defendiendo.

—He hablado con él cientos de veces. Creo que estas paranoica. Te diré algo. Vamos a la cocina y bebámonos algo de lo que quedó del ponche.

La conducta de mi esposo era inaudita. ¿Qué le estaba sucediendo? Me dirigí con él a la cocina, doblando mis fuerzas interiores para no perder la poca calma que me quedaba. Elías llegaría en cualquier minuto. Vi a Newton sacar la botella del refrigerador, luego abrió la despensa, sacó dos copas y, con una naturalidad absoluta y descarada, vertió ponche en cada una. Recordé mi primer encuentro con el fantasma de Calista; la taza de mi desayuno, la extraña reacción del té con leche... y observé la copa, y fui consciente de lo que había en ella. Elías mantenía su secreto a salvo a través de ese brebaje, y lo que era peor, todos en el vecindario lo habían bebido en el aniversario. Todos estaban bajo su influencia. Newton comenzó a beber y yo me retiré de inmediato.

Salí corriendo a buscar a Alexandra mientras oía la voz de Newton llamándome a gritos. Bajé al sótano y cerré la puerta.

—Larguémonos —le ordené a Alexandra.

Abrimos la ventanilla que daba hacia el jardín del costado izquierdo. Primero salió ella y luego yo. Escapamos de mi casa y nos detuvimos una milésima de segundo al cruzar nuestras miradas con Elías, que ya estaba frente a la puerta de mi casa. Corrimos a toda prisa calle abajo y pasamos la casa de los Nottingham. “Son los únicos que no han bebido el ponche” —pensé— , “los únicos que no estuvieron en la celebración. Jamás salen de casa”

Estuve a punto de decirle a Alexandra que regresáramos para acudir a ellos, pero ya habíamos llegado muy lejos y no sabíamos que tan cerca

estaba Elías de nosotros. Seguimos corriendo y no le vimos detrás.

Llegamos hasta una plazuela donde había un par de chicos con sus madres. Alexandra y yo nos detuvimos tras unos árboles que se erigían frente a los columpios.

Ambas jadeábamos, pálidas.

—Creo que no nos siguió —conjeturé.

—No lo sé... yo creo que sí. Deberíamos seguir corriendo.

—Solo dame un segundo —me apoyé sobre un árbol. Había gastado mucha energía y tenía la boca seca. Luego añadí—: saldremos de esto, te lo prometo, pero no tiene sentido seguir corriendo, necesitamos un plan.

Alexandra seguía jadeando, tenía los brazos en jarras.

—¿Qué propones?

—Necesito algo con que exponer a tu marido... —aquello último sonó fatal. Todavía no podía creer que Elías fuese su padre—, digo, a tu padre. Sin pruebas estamos fritas, tu misma lo dijiste. Iremos a ver a los Nottingham, ellos no están bajo la influencia del ponche, servirán de testigos y nos ayudarán...

—¿Qué? ¿Qué ponche? — interrumpió negando con la cabeza.

—Creo que tu padre puso una sustancia en el ponche del aniversario, algo que hace que las personas se sientan dispuestas a creer sus mentiras. Aún no estoy segura de qué se trata, pero lo averiguaré, por lo pronto debemos hallar un lugar seguro, un punto de encuentro.

—Aguarda un minuto ¿quieres que nos separemos?

—No es buena idea ir juntas. Elías te busca más a ti que a mí. Estás muy afectada, debes estar en lugar seguro, además, necesito que hagas algo por mí entretanto.

—¿Qué cosa?

Ella insistió en venir conmigo. Lo pobre chica, que había pasado un calvario junto a su padre, estaba más preocupada por mi seguridad que la suya. Aquello resultó admirable, pero tras explicarle los detalles del plan,

Alexandra comprendió lo innecesario del riesgo.

Eran las seis de la tarde, el sol ya despuntaba. Las madres con sus hijos lentamente abandonaron las plazuelas y sitios de recreación del condominio. Con Alexandra nos dirigimos a las afueras de la localidad. Había un humilde motel llamado "Toi et moi" en los alrededores y acordamos que pasaría allí la noche.

Regresé al condominio vigilando cada calle como si fuera una zona de guerra y mis pies estuvieran a punto de pisar una mina. Necesitaba llegar a los Nottingham y pedir su colaboración. Llegué hasta Bacon Street y de ahí caminé con un nudo en la garganta y el corazón latiendo a mil por segundo ¿Me estaría buscando Newton? Sabía que sí, pero no precisamente para saber cómo estaba. Llegué hasta la casa Nottingham, que lucía tan deslavada y extraña como de costumbre, con aquel cantavientos colgando del alero en la entrada, él mismo que había sido parte de las visiones impulsadas por el espíritu de Calista. Antes de tocar la puerta me asomé por las ventanas, las persianas cerradas impedían ver el interior. Tampoco se oía ruido de personas. Toqué la puerta y tras varios segundos me abrió Carmen Nottingham con su habitual cara de zombi.

—¿Qué necesita?

—Señora Carmen, hola. Yo... necesito su ayuda.

—Es tarde...

—Lo sé —eran solo pasadas la ocho ¿Cómo podía ser tarde eso?—. Oiga, hay algo que necesito discutir con usted ¿esta su marido en casa? Sería mejor que él también me ayudara...

—¿Qué quiere?

Inmediatamente empujé a la mujer, entré a la casa y cerré la puerta tras de mí.

—Oiga, sé que esto extraño, pero no sabe lo que ha pasado. Tenemos un problema muy grande, hay un asesino en el vecindario, nuestro vecino, Elías. Hace unas horas vi a su... prometida, la tenía encerrada. —La mujer abrió los ojos como plato. Su consternación era evidente y a su vez dejó escapar un halito de asombro—. En realidad no es su prometida, es su hija. Es muy largo de explicar ¿Dónde está su esposo?

—Está trabajando abajó, en el sótano, voy a decirle que venga de inmediato. Espere un segundo —me dijo a la vez que me hacía pasar al living—. Trate de tranquilizarse, por favor.

—Dese prisa.

La mujer desapareció de la estancia en busca de su marido y yo me quedé sola caminando de un lado a otro dentro del reducido living. La luz de las lámparas era escasa, amarillenta y solo alimentaba sombras que le otorgaban un aspecto más pobre al espacio mal decorado. Había, adosado a una pared en frente de mí, un librero pequeño, de pronto sonó mi teléfono, el número era desconocido.

—¿Hola?

—Hice lo que me pediste —era la voz de Alexandra.

—De acuerdo. Estoy en casa de los Nottingham, ya les he dicho...

Mientras le hablaba a Alexandra, me acerqué al librero y cogí un frasco de pastillas sin rotular. De repente, la voz de Alexandra fue interferida por un desagradable sonido que se convirtió en una voz chirriante, y luego muy clara:

—Salga de ahí, salga.

“Calista”, pensé de inmediato.

Sentí una presencia tras mi espalda y cuando me giré me encontré con el rostro furibundo de Scott Nottingham, aquello fue lo último que vi tras quedar inconsciente.

Desperté amarrada de manos y pies sobre una silla. Lo primero que percibí fue un olor muy fuerte a alcantarillas mezclado con detergente y perfume. Miré a mi alrededor, no había nadie. Era obvio que me habían conducido a su sótano. No podía creerlo ¿es que a caso todo estaban coludidos para secuestrar mujeres? ¿Qué estaba pasando realmente? Me quedé en silencio evaluando la situación y recordé el instante previo a que me dejaran inconsciente: la voz de Alexandra y Calista.

Alguien bajó las escaleras, era Scott.

—Así que lo sabes.

—¿Qué están todos chiflados? Sí, me ha quedado más que claro.

—No puedo dejar que divulgues nuestro secreto.

—¿Qué carajos está pasando? ¿Estás ayudando a Elías? ¿Es eso?

—Oh, no entiendes nada.

Hubo un silencio, luego, gemidos y llantos provenientes de un lugar apartado en el sótano.

—Ustedes se cubren las espaldas —afirmé lentamente—. Trabajan juntos... Tú, ese canta-vientos... Y esas pastillas ¿de dónde las sacaste? ¿Son esas las que Elías usó en el ponche?

—Haces muchas preguntas para ser una periodista que ya no trabaja. Será mejor que cierres la boca.

—¿Qué vas a hacerme?

—Cierra la boca o mataré a tu esposo —se acerco hasta mí—, lo traeré ante ti verás cómo lo mato ¿entendiste?

—Mi esposo no tiene nada que ver.

—¿Cómo lo sabes?

Aquello me ocasionó un miedo más profundo que el de morir a manos de aquel pervertido.

—Lo sé —respondí.

Yo sabía que, pese al temor que Newton me había infundido al estar bajo la influencia maléfica del ponche de Elías, él no tenía nada que ver con esos mal paridos.

—¿Cómo puedes estar segura de que tu esposo no forma parte de esto? ¿Qué no ha matado, mutilado y jugado con mis chicas?

En ese momento decidí guardar silencio.

—Será mejor que empecemos —señaló.

Scott fue hasta el sitio de donde provenían los llantos y cuando se internó ahí, estos aumentaron de súbito su angustia. Una luz se encendió y lo que vi me horrorizó: Un serie de chicas, tan o incluso más jóvenes que Alexandra estaban amontonadas, desnudas y sangrando producto de heridas diversas; tenían la boca cubierta por una cinta que les daba la vuelta alrededor de la cabeza y se movían con dificultad. Scott pasó por delante de ellas y arrastró una mesa de instrumental quirúrgico hacia mí. Sobre la mesa, descansaban una serie de escalpelos sucios, muchas jeringas y ampollas medicinales.

—Toma trabajo hacer que se queden quietas. No tienes idea cuán costosa resulta ser esta cosa —explicó mientras elevaba una ampolla y pichaba una aguja en el corcho.

En ese momento mi corazón dio un vuelco y me sentí incapaz de decir algo útil. El pánico se apoderó de mis nervios, grité tan fuerte como pude, pero Scott me inyectó la sustancia y sentí que mis músculos, empezando por mi lengua, comenzaban a atrofiarse. Me sentí pesada como un hierro. No podía hablar ni moverme, Scott se sonreía a gusto con lo que me hacía y yo tuve la plena certeza de que moriría aquella noche.

Él procedió a desatarme y rápidamente me puso sobre una mesa. Me desvestió y sentí el impulso de gritar por ayuda, de moverme, pero mi cuerpo no respondía. Pensé en mi esposo, en lo mucho que lo amaba, en el momento en que me propuso matrimonio, en mi madre, en Amy y todos los vecinos, en que nadie sabía que me iban a perpetrar una serie de actos indecibles y asquerosos esa noche.

—¿Sabes a quien llamé hace algunos momentos? ¿Luego de que mi esposa me avisara de tu llegada? —preguntó Scott. Luego acercó su rostro al mío—: A Elías, así es, él estará muy feliz de verte ¿no crees?

Scott se alejó y descendió hacia mis pies. Supe que se movían porque él estaba ahí y podía ver parte de su cuerpo haciendo algo en esa zona. Justo en ese momento, se escuchó un estruendo, venía de arriba.

—¿Qué diablos? —dijo Scott, ceñudo.

Scott llevaba gafas con montura, se las quitó y apenas dio un par de pasos dirigiéndose a las escaleras, la puerta fue abierta con violencia.

—¡¡Policía!! ¡¡Quédese donde está!!

Una turba de hombres bajó las escaleras, gritando y amenazando a Scott. Vi las armas en el aire apuntando hacia él, y a Scott, levantando sus brazos sin una pizca de miedo, lleno de una soberbia fría que solo era posible en un psicópata de su calaña.

Los oficiales me levantaron y llevaron afuera. La casa estaba repleta de policías, las luces de las patrullas destellaban por todas partes. En el camino vi a Carmen, estaba sentada, rodeada por tres agentes y a las afueras se encontraba todo el equipo periodístico local. Me llevaron a una ambulancia en medio de una batahola de cámaras, flashes y policías acordonando el perímetro con cinta amarilla para contener a la muchedumbre, entre quienes pude atisbar a varios vecinos, incluyendo a Amy.

Cuando me pusieron en la camilla e ingresaron a la ambulancia fui trasladada al hospital. Alexandra se había subido, estaba ahí sosteniendo mi mano y llorando con una tristeza mezclada con alegría, sabía que estaba feliz de verme con vida, me dijo lo mucho que lo sentía y de haber podido hablar, le habría dicho que no se preocupase y que me alegraba que hubiese seguido mis instrucciones de llamar y alertar a mis antiguos colegas, a la televisión, a mis amigos en la policía y todos los números que le había entregado en el motel.

Pasaron dos días, creo, no lo recuerdo con precisión, y mis músculos se recuperaron del todo. Al parecer la sustancia que Elías me había inyectado era un derivado fuerte e ilegal de la tetrodotoxina, un peligroso veneno de origen marino que bloquea la acción del sistema nervioso autónomo. Newton fue a visitarme y se disculpó una y mil veces después de otras mil durante la primera noche que pasé ahí. Se culpaba bastante y le conté todo acerca de mis encuentros con el espíritu de Calista Monroe y sus mensajes, sobre Elías y Alexandra, aunque mi versión distaba mucho de la que él había visto en las noticias. Y le hablé acerca del momento en que Scott puso en duda su inocencia cuando me tenía secuestrada.

—¿Y qué pensaste?

—Le creí —dije.

Newton me miró fijo y antes de que dijese una palabra, añadió:

—Durante diez segundos. Luego recordé lo torpe que eres y... que te desmayas cuando ves sangre.

Él sonrió ingenuamente.

—¿Solo por eso lo dedujiste?

—Sabes que no.

Nos besamos y le expresé todos mis miedos cuando estuve en esa mesa.

Scott fue formalizado por el delito de violación a menores, incluyendo a sus propias hijas. También se le imputaron cargos por uso ilegal de sustancias y por el asesinato de una de sus hijas. Elías fue procesado por el asesinato de su esposa, maltrato intrafamiliar, abuso sexual, incesto y un cargo por el uso de aquella sustancia empleada con los vecinos del barrio, los análisis no fueron concluyentes en cuanto al origen de dicha sustancia.

Tras mi recuperación, fui interrogada y narré la historia de punta a cabo, incluyendo mis experiencias sobrenaturales en torno a la casa de los Nottingham. Como era de esperarse, pocos la creyeron y se construyeron

diferentes versiones, cada una más colorida e inverosímil que la anterior.

Volví a disfrutar de mis desayunos matutinos en el balcón. El espíritu de la madre de Alexandra no volvió a aparecerse. Abrí el periódico de esa mañana y uno de los titulares rezaba: "Periodista psíquica torturada por su vecino".

Martin Cincinnati

